

siempre lo he ido dejando para otro día, sin que haya llegado todavía el día de mi decisión. Entretanto, el poeta encontró su vena en aquel crucifijo tétrico, e improvisó el hermoso soneto que va a continuación, en que está condensada la impresión que produce y la historia que evoca aquel Cristo enmascarado del crimen.

Daniel García Mansilla, nacido en París, educado allí, transunte apenas puede decirse en la patria de que inviste la ciudadanía política, tiene en las letras, que cultiva con éxito brillante, ciudadanía francesa, y esto explica el por qué ha escrito en francés este soneto, como todas sus composiciones poéticas publicadas en periódicos y libros editados en el Plata y en Francia. Sería un pecado traducirlo, y por eso tal cual me lo ha dedicado quiero publicarlo, precediéndolo de estas líneas en que narro cómo y cuando vió el poeta argentino el extraño crucifijo que inspiró su bella improvisación.

DANIEL MUÑOZ.

Roma, Julio de 1897.

He aquí ahora el Soneto:

SUR UN CRUCIFIX

« Con tal de que no penara
 • Y el Dios de la eternidad
 • Le pedí su salvación... »

(Copia popular.)

Loné d'ivoire incrusté, dans le goût byzantin,
 C'est un Crucifix noir et blanc du Quinzième,
 Il a du recueillir, ami de l'heure extrême,
 De terribles avocats chichats en latin.

El garbí de son cliché un cachet très certain:
 Masqué comme un serpent sous l'ovale embleme,
 Le montent de la Croix qu'il se tend le Dieu blême,
 Enferme, sacrilège, un stylet florentin.

Do cet Age excessif fait de sang et de rève,
 Co Crucifix-poignard dit l'âme, qui, sans trêve,
 Basculé, de l'extase au crime intermittent.

Je vois le dur Prêlat, froid d'orgueil séculaire,
 Qui fit baiser ce Christ au rival pénitent;
 Et d'un prompt coup d'acier trancha sa jugulaire.

DANIEL GARCÍA MANSILLA.

Roma, Juillet 1897.

La muerte de Ricardo Gutiérrez.

(PARA EL ALMANAQUE SUD-AMERICANO)

El primer aniversario de la muerte de Ricardo Gutiérrez, y los trabajos que se han iniciado estos últimos días en Buenos Aires para honrar dignamente su memoria, dan oportunidad al siguiente artículo, escrito en ocasión de la muerte del poeta y publicado en el *Almanaque Sud-Americano*.

Siempre he pensado que la mejor recompensa de los poetas, — mejor y más llena para ellos lo dirían halagos que las fortunas y el honor de los príncipes, — es la gloria, es decir, la que se gana al morir, y que es la virtud de permitir y hacer a su nombre los clamores de entusiasmo, todas las lágrimas

de melancolía, todos los impulsos de admiración que, sus cantos, peregrinando entre las almas jóvenes y buenas, arrancan b'ajo los astros de cada noche y bajo el sol de cada día. — ¡Qué hermoso arrollo hubiera llenado de consolaciones y armonías los últimos instantes del poeta querido que hoy lloramos, si a su espíritu hubiera sido otorgado ese beneficio, en la hora suprema, y hubieran convergido, en un inmenso acorde, hacia él, todas las vibraciones de las almas heridas por la noble y dignificadora virtud de sus estrofas!

Gritos de trémula emoción que de mi pecho brotaron en algunas de las horas más bellas de mi vida, se hubieran mezclado en el coro de triunfo del poeta. Lo leí de niño, y su poesía, que desde entonces quedó vibrando en lo hondo de mi alma, tiene para mí el secreto encanto de las cosas que evocan recuerdos dulces y queridos. Yo no la podría juzgar como se juzga la de un genial poeta que admiramos, pero a quien no reconocemos como nuestro, que no nos habla del pasado, y cuya poesía no hunde sus raíces en las reconducidas de nuestra vida espiritual y la viste y enlaza como la enredadera a la columna. La poesía de Ricardo Gutiérrez tiene una historia en el proceso de su vida interior. Cada uno de sus cantos es para mí como una de esas melodías que, escuchadas en momentos dichosos o solemnes, se asocian inevitablemente después al despertar del instante escogido en que vibraron. Cuando una estrofa suya hago pasar ante mis ojos siento en el alma un ala mustia y aterida que se estremece. Por eso la desaparición del poeta produce en mí la sensación de un abandono y me parece que la extinción de una luz sobre mi espíritu.

¡Cuán pocos de nuestros poetas de hoy, aun cuando haya de ser grande y duradera la gloria de sus triunfos, alcanzarán esta devoción de los sentimientos! El poeta, hoy, es, ante todo, el artista, es el orfebre, es el cincelador paciente y empeñoso. Detéñese ante sus puertas el viandante para admirar, en aquella fiesta de la luz, los finos contornos del oro cincelado. Pero, cuando se aleja, lleva sólo la impresión de un deslumbramiento, porque no reconoce ya, en el artífice enamorado del ritmo y del color, a aquel ser, comparable con el pelícano del mito, que arrancaba de sus entrañas palpitanes la imagen viva de lo que llevaban los demás dentro de sí.

Y ninguno entre nuestros poetas ha personificado esta entera condensación del alma de los suyos, este seguro imperio ejercido sobre el sentimiento de una generación, como el del *Libro de los Cantos* y *La Fibra Salvaje*. — Era el poeta de todos, sin dejar de ser, intensa y dominadamente, el poeta de sí mismo. Había brindado la hospitalidad de su corazón a todas las cosas buenas, a todas las cosas bellas. Naturaleza esencialmente lírica la suya, siempre en sus cantos el impulso del vuelo partía de la intimidad. Pero en su intimidad renuncia, convirtiéndole un sentimiento propio, en favor propio, el dolor de todos los que sufren en la tierra, en la vida el anhelo de todos los que persiguen la inquietud de todos los que buscan, en

calor de su sangre, la ansiedad de todos los que padecen hambre de justicia y el entusiasmo de todos los que persiguen sobre la tierra un ideal.

La individualidad, la vida misma del poeta, límpida y fuerte como el mármol, eran, además, un nimbo de luz sobre su obra. — ¡Cuántas veces, corriendo, llenos de ansiedad, el velo que oculta a nuestros ojos la intimidad de la existencia de donde parte la palabra inspirada, sólo nos es dado encontrar el fondo gris de una personalidad moralmente indiferente ó borrosa! En nuestro poeta, personalidad y arte, vida y ensueño se confunden y forman un solo trazo de luz. — ¡Huella por la que puede seguirse el rumbo de su marcha son sus versos. Cantó a la fe en el ideal que regenera y tuvo fe, cantó a la caridad y fue piadoso, cantó al heroísmo y fue soldado. En esta luminosa existencia, la poesía es acción, la acción es poesía. Evocando la imagen del varón bueno y abnegado, es como adquiere sobre nosotros toda su avasalladora virtud el canto del poeta.

Duñeo era su numen por igual de los dos grandes manifestaciones del sentimiento lírico: la que se reconcentra en el recogimiento y en la meditación, tímida del tumulto humano, y la que alienta en las inspiraciones del alma colectiva y es tribuna de donde arengar y espada con que lidiar en nombre de todos. Vibran alternadamente en sus cantos los acentos del hombre íntimo y los del soldado del pensamiento y de la acción. Unas veces, su suave estrofa melodada para el amor y el ruego; la que se ampara bajo aquellas frondas, propicias al misterio, del alma, dónde los sentimientos delicados y afectuosos anidan. Otras veces; el verso amplio y fulgurante, el verso de grandes alas, lleno de sol, erguido sobre una cúspide. — Nacían de esta audacia épica, el grito de guerra de la Libertad que envía al país del trópico sus legiones, la vigorosa imprecación de «Montevideo», el diálogo de «El Poeta y el Soldado». Brotaban de aquella reconcentración melancólica, la carta, húmeda en lágrimas, a Lucia, el contemplativo sentir de «La Oración», y la querrela apasionada de la «Magdalena».

No era el poeta de *Luzaro* un devoto de la plasticidad y la melodía de la forma, no era un cincelador paciente y obsesivo del verso, ni a él alcanzaron los influjos de la evolución, posterior al romanticismo, de la lírica, que levantó sobre las ruinas de las aras de la emoción y el pensamiento, las consagradas al culto de la perfección exterior. Pero tenía un admirable don instintivo de armonía, un seguro y natural imperio del ritmo, que le autorizaban para sustituir, en la producción, los afanes del procedimiento laborioso con la confianza y la audacia de la libertad. Y el verso brotaba de su mente, alado, ágil, espontáneo, con ímpetu como de lampo de luz que rasga de improviso las sombras, como de vena de agua que salta de la roca helada, o de un golpe de claroscuro, batenlo que se despierta de un golpe y firma en las auras a favor de un viento púrpura.

Hase observado que uno de los más interesantes modos de manifestación del genio lí-

rico está en el don de crear ó modificar algún metro, que es como «la nieve copa en que se exprime el jugo generoso de un ingenio nuevo». — Fue otorgado a Gutiérrez este signo escogido de originalidad. El cinceló su copa para el vino de su vendimia, y creó su estrofa propia, su estrofa admirablemente modelada sobre el tono íntimo de su sentimiento, llena a la vez de fuerza y de gracia como el cuerpo del púgil, y que quedó consagrada en la lírica argentina, donde Gervasio Méndez la escogió para mensajera de su abandono y su dolor y la ungió nuevamente con la unión de las lágrimas. En ella están sus composiciones que muchos tienen por mejores, las que son, por lo menos, las más sentidas, las más ingeniosas, las más íntimas; y ella llegará a la posteridad, perpetuándose en la métrica de la poesía americana, como forma sensible de la inmortalidad de quien la añadió al Cancionero de la lengua.

Ya había empezado la sanción de la posteridad, en cierto modo, para la figura literaria de Ricardo Gutiérrez, y ella se nos presentaba como una noble figura de otros tiempos, a los ojos de los que le admirábamos en mi generación. Años hacía que la lira del poeta estaba muda. — Era acaso el hábito, el cierzo helado de la vida. — Era, más bien, la amarga protesta contra el ambiente ingrato, la desolación, ante el irremisible avanzar de la ola turbia y plebeya que clamoraba los triunfos de nuestro período cartaginés. — ¿Quién sabe? El silencio del poeta, que puede ser una forma de la decepción, el desaliento, el desencanto, ¿no puede ser también el signo de su iniciación en una poesía más alta, más gloriosa, más pura? Por encima de la que se traduce en palabras y se comunica al sentimiento de los hombres, ¿no podrá él alcanzar una poesía superior, una poesía que sólo irradie y florezca en su mundo íntimo, donde la rodea la nube impenetrable con que quería velar la mística ciudad de sus elegidos cierto poeta moderno! Ella será como la música de los astros, que el sabio oyó pero que nosotros no oímos; será como la imperceptible luz que vibra allí donde la pupila humana no ve sino la obscuridad.

Ahora este silencio durará para siempre, pero el nombre del poeta se engrandecerá en la memoria de las generaciones y su poesía adquirirá vida nueva: Andrade tuvo de los contemporáneos apoteosis más ruidosas, pero en su obra, usada é inmense, verá más ruinas la posteridad. Para lo que edifica la fantasía hay en el tiempo base menos estable y segura que para lo que labra el sentimiento, siempre uno en esencia: Cuando se ha desvanecido el eco de las *Orientales*, aún viven su juventud *Rolla* y *Las Noches de Musset*. Mientras buena parte de la obra de Hugo palidece, el grito de Byron sigue vibrando en las alturas.

¿Quién me recordará que no es una página de este libro que he trazado al escribir sobre el nombre de Ricardo Gutiérrez? Si sólo me acordaran tiene su memoria y su nombre es la gratitud, también tiene el corazón su juicio, era este solo el que yo pedía ofrecer para juzgar al noble espíritu

que acaba de ascender a la luz. — Era uno de mis poetas. Si le hubiera encontrado alguna vez en el camino de la vida, le habría estrechado la mano y le habría dicho: Gracias. Y él me hubiera entendido. — Pero desde hoy, que sé que no he de verte ya en la realidad, yo te tendré conmigo ¡oh poeta! para siempre, en aquella consagrada región de la memoria donde se reúnen, como en un cielo que va cuajándose de luces, las cosas bellas y los seres benéficos y amados que hicieron meros ingrato el duro peregrinaje de la vida y se abismaron en la decepción y en el misterio.

José Emilio RODÓ.

RECUERDOS DE VENECIA

(Fragmento de mi diario de viaje)

El viajero que, como nosotros, quiera ir a Venecia, la perla del Adriático, tendrá que pasar por las termóplias de la aduana, si es que en la actualidad domina el régimen austriaco. Puede que con la incorporación del Véneto al reino de Italia haya cesado el escrupuloso escrutinio de que fuimos objeto en la época que hicimos este viaje.

Vamos a exponer fielmente nuestras propias impresiones sobre Venecia, sea cual fuere el cambio que puede haberse operado desde 1861 hasta la fecha, que no será mucho.

El 7 de febrero de dicho año tomamos el tren de Trieste, capital de la Iliria, estado italiano en otra época, i que por esos cambios políticos tan frecuentes en Europa, pasó por anexion a Austria. Antes de la partida se hizo el mas escrupuloso registro de equipajes, tomando a cada pasajero por el mas hábil contrabandista. Mi maleta sufrió un completo trastorno en que se examinaban las camisas, los pañuelos, deteniéndose para ver si estaban dobladillados o no; los libros, álbums, etc, todo, todo se recorrió con la mayór calma hasta última hora. Se toca la campana de partida, ¡ qué sudores de muerte no me costaría para arreglar todo en orden i hacer juntar la cerradura! Sin aliento llegué: el tren partió. ¡Lo había alcanzado a tomar!

Todas estas molestias las daba por bien empleadas por llegar a la poética Venecia, i las diez horas de trayecto se me hicieron más cortas, que el rato que pasó con los verdugos de los equipajes, que habían querido decomisarme las navajas de afeitar, por llevar más de dos, sin notar que era un semanario, i ya con algún uso.

Pasado-Mestre, último pueblo de tierra firme, se conocía que nos aproximábamos a la ciudad de las lagunas — el terreno se volvía pantanoso, i gradualmente íbamos entrando en el mar por el gigantesco puente de 3601 metros, 43 centímetros de largo i nueve de ancho, que el Austria ha dejado como un monumento de manifestación, i que costó 6,000,000 francos, o sea un millón, cinco mil y noventa y cinco mil francos. Este puente, obra veneciana de serbia desde 1845, en que se concluyó, i solo con el go-